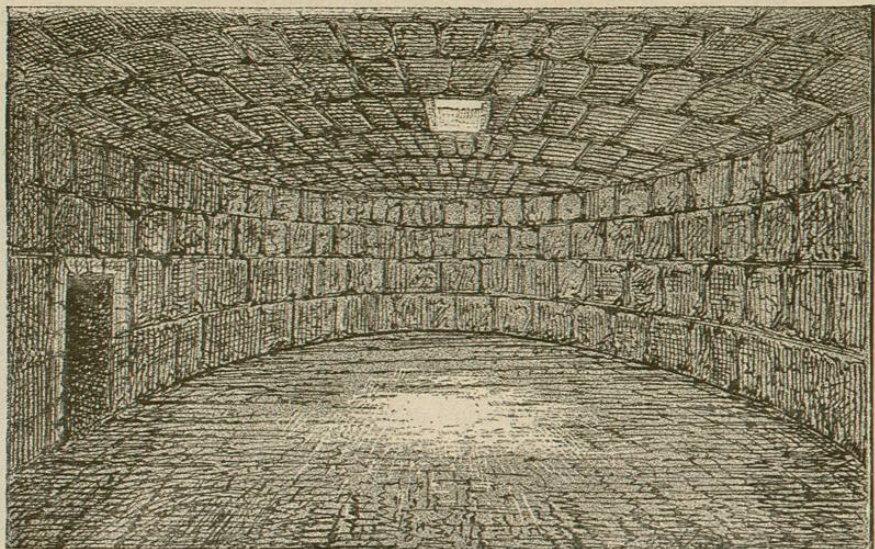


cipes extraños, si bien procurando mantenerlos en su dependencia, hasta que le conviniera reemplazarlos con sus procónsules. Paciente porque se creía eterno, el senado romano contaba siempre con el tiempo en su política, lo cual le dió una gran fuerza. Esperando que llegue el momento de la anexión, la antigua provincia africana será como un foco, de donde la civilización romana irradiará sobre la Numidia, á la cual atraerá insensiblemente con los lazos invisibles de las costumbres y de las ideas: las ideas y las costumbres influirán poco á poco hasta en el bárbaro país de los moros.



El Tulliano (1)

num. ¡«Por todos los dioses! exclamó riendo, ¡cuán frías son vuestras estufas!» Seis días luchó contra el hambre (104).

Yugurta había tenido la audacia de luchar solo contra Roma y se había defendido con una destreza que hacía uso de todos los medios, del oro y del hierro, pero también con indómito valor. Sus vicios fueron los de su tiempo y de su naturaleza africana; su bravura, su perseverancia, sus prendas militares honraron su nombre y la raza, cuya existencia política pereció con él.

Nueve años después, observó el senado la misma conducta que en Numidia en otra región de Africa.

Entre el 8.º y el 18.º grado de longitud oriental, la costa de Africa se deprime en un vasto semicírculo, que llaman la región de las Sirtes; mar inhospitalario en que rara vez se arriesgan nuestros mismos barcos; costa estéril (2), cubierta

(1) El Tulliano (*Tullianum*) fué así llamado de Servio Tulio que lo abrió en la toba del monte Capitolino, acaso para hacer una cisterna: una fuente, el *Tullio*, fluye aún allí, y se sacaba el agua por la abertura que se ve en la bóveda. Más tarde se hizo de este subterráneo un calabozo. Los condenados eran introducidos con una cuerda por la abertura de la bóveda, y luego de ejecutados se sacaban con un garfio. Posible es que la portezuela que da acceso á una galería baja y subterránea sea de fecha posterior y sirviera para arrastrar los cadáveres al Tíber, cuando no eran expuestos en las gemonias, es decir en las *escaleras de los gemidos*, que conducían á la prisión de arriba. Los presos de Estado, no condenados á muerte, se ponían bajo la custodia de los habitantes de las ciudades municipales más fuertes de Italia.

(2) Excepto á orillas del Cinipe (*Wadi Quasam*) y á los alrededores de las tres ciudades de la Tripolitana: *Leptis magna*, Oea (Tripoli) y Sabrata.

Esta política expectante no arrastraba tampoco ningún peligro, porque no había en el mundo ningún Estado que pudiera aprovecharse de los golpes que Roma daba, ni sustituir su influencia, ni levantar lo que ella había derribado.

Mario entró en Roma con Yugurta el 1.º de enero de 104. Lejos de tener, como se dice, envidia á su cuestor, que no era entonces tampoco, sino un pobre personaje, lo asoció á su triunfo, dejando que distribuyera á los soldados medallas que representaban al cónsul en una cuadriga con este lema en el reverso: *L. Corn. Sylla proq.* Después del triunfo, fué arrojado el rey númida en el famoso *Tullia-*

de movedizas arenas, donde los nómadas maltratan sin piedad á los naufragos. Pero á los dos extremos de este semicírculo, se extienden dos regiones montuosas tan bien regadas como fértiles y productivas. Los fenicios tomaron una de estas regiones y los griegos la otra. Los romanos habían sustituido ya á los primeros y por testamento de Tolomeo Apión, rey de la Cirenaica, pudieron sustituir sin ninguna violencia á los segundos. Sin embargo, limitóse el senado á declarar libres bajo su protección á las cinco ciudades principales de este reino. Cirene y Apolonia que le servía de puerto, Barca, Arsinoe y Berénice. Y todavía les dejó el goce del dominio real, mediante un tributo, y no redujo el país á provincia romana hasta el año 75 para poner término á discordias intestinas.

No era sino una adquisición preciosa, como posición política, sin hablar de la importancia comercial de un país que suministraba á la exportación los productos de un suelo llamado el jardín de Africa y de un género especial, el silfio ó laserpicio, que se vendía en Roma á peso de plata. Desde la Cirenaica vigilaba Roma el Egipto, y desde la provincia africana la Numidia.

Leptis, situada en medio de la costa de las Sirtes, pero á la entrada de valles fertilísimos, había solicitado la amistad de Roma, durante la guerra númida, y obtenido del cónsul Metelo una guarnición de cuatro cohortes ligurias. Esta plaza, casi á igual distancia de Cirene y de Cartago, unía estas dos posesiones de la república y completaba el bloqueo de toda la costa africana.

CAPÍTULO XL

LOS CIMBROS Y LOS TEUTONES (113-101)

I. — CREACIÓN DE UNA PROVINCIA ROMANA EN LA GALIA.

No bien había terminado la guerra númida, cuando una formidable invasión de pueblos del Norte llevaba la consternación á Roma, y todos, pueblo y nobles, se reunían para elevar á Mario ausente á un segundo consulado.

Hasta entonces no se habían alejado los romanos de las costas del Mediterráneo, sólo habiendo llamado su atención y sus fuerzas los países que bañan sus aguas; ni siquiera habían sondeado con la mirada aquel mundo desconocido que se extendía allende los Alpes, como si hubieran presentido vagamente que en la oscuridad de aquellos impenetrables bosques se ocultaba para ellos un peligro tremendo.

Era en efecto otro mundo. Los Alpes que pueden considerarse como enlazados á los Pirineos por las Cevenas y al monte Hemo por las alturas de la Iliria y de la Macedonia, cortan en dos mitades el continente europeo. Al Sur de esta línea de 800 leguas, hay tres montañosas penínsulas, cuyos valles, fueron Estados antes que Roma; y al Norte se extienden y dilatan llanuras sin límites, cuna de grandes pueblos futuros. A orillas del Mediterráneo estaban los pueblos ibéricos, itálicos y griegos; las ciudades que brillaban con el esplendor de las artes y del comercio, los gobiernos republicanos, en una palabra, todo lo que se llama la civilización antigua; más allá de los Alpes, las tribus célticas, germánicas y eslavonas, la barbarie, los campamentos á la ventura, la vida errante ó mal asentada, la autoridad de los jefes, y en germen muchos usos y costumbres que heredarán la Edad media. Roma no hubiera querido pasar esta barrera, ni sus legiones hubieran tomado aun posesión de ellas. A pesar de una victoria de Apio Claudio (143) que había querido poner la mano en las minas y lavaderos de oro del valle de Doria Baltea, los salases permanecieron independientes, como lo eran todos los montañeses de los Alpes, y continuaron devastando con su bandolerismo los valles traspadanos. Para poner término á estas correrías, fundaron más tarde los romanos (100) un establecimiento militar en *Eporedia* (Ivrea) á la entrada del valle de Aosta y en el arranque de los dos pasos importantes de los Alpes, el Grande y el Pequeño San Bernardo. Pero los salases no serán definitivamente condenados al reposo hasta el tiempo de Augusto.

Sin embargo, el senado fué poco á poco impelido á salir de esta reserva y á atravesar esta línea. Para ello era preciso abrir al Este y al Oeste un camino seguro de Italia á Grecia y á España, y proteger contra las agresiones de los montañeses á los aliados de Roma, situados á lo largo de este doble camino. Tal fué el objeto de las expediciones de Marcio Rex, á los Alpes marítimos contra los estenos, de los que ni uno solo se dejó coger vivo (118), y de Emilio Escauro contra los carnios de Venecia (115); de muchos cónsules contra los pueblos enemigos de los masalotas; en fin, de Porcio Catón contra los escordiscos de los Alpes ilirios (Bosnia y Servia), pueblo salvaje que no hacía pri-

sioneros, que bebía en el cráneo de sus enemigos y mutilaba sus cadáveres. Catón pereció con todo su ejército y los bárbaros extendieron sus estragos por toda la Iliria (114).

El Adriático atajó sus pasos y en su cólera descargaron sus flechas contra las ondas y luego recorrieron todos los países al Norte de la Grecia. Pero en la Macedonia y en la Tracia encontraron legiones mejor conducidas, que poco á poco los fueron rechazando hacia el Danubio (1). Estos triunfos y la sumisión de los carnios por Escauro, aseguraron á los romanos la barrera de los Alpes orientales, mientras el exterminio de los estenos les abrió los Alpes marítimos (118). Ya hacía siete años que habían puesto el pie más allá de estas montañas.

Gracias á la prudencia de un gobierno, que bajo ciertos aspectos recuerda al de Roma, Marsella vivía próspera y feliz hacía cuatro siglos. La ruina de la Etruria, Magna Grecia y Cartago, había hecho de ella la más grande y floreciente ciudad comercial de todo el Occidente. Por eso cultivaba con el mayor cuidado la amistad de un pueblo que había derribado á sus rivales y le abandonaba la mar. Pero, como Venecia, no se contentó Marsella con reinar en las aguas, sino que quiso también tener provincias, y también como Venecia, perdió en el empeño sus tesoros, primero, y después su libertad. Toda la costa, desde los Pirineos hasta los Alpes, desde Ampurias hasta Mónaco, estaba cubierta de factorías suyas; pero estos lugares de cambios pacíficos estaban rodeados de pueblos belicosos que habían tenido con sus vecinos galos sangrientas refriegas. De ellas queda un curioso recuerdo, tres piedras cuadradas descubiertas en Entremont, cerca de Aix, que tienen bajo relieves en tres de sus faces. Es el más antiguo monumento de la escultura gala, pero con sus cabezas cortadas y gesticulantes, revela muy bien un arte bárbaro y costumbres feroces.

Marsella tuvo á menudo que quejarse de semejante vecindad, y sus colonos hubieron de provocar con sus continuas usurpaciones más de un alzamiento en armas entre los ligures, cuyas consecuencias tenían muy luego que sufrir. Para poner término á estos conflictos, recurrió Marsella al senado, pero habiendo sido rechazado y aun herido un diputado romano que quiso desembarcar cerca de Antibes como árbitro, el senado envió un ejército contra los oxibios y los deceatas. Estos pobres montañeses no pudieron hacer frente á los legionarios y se vieron precisados á entregar las armas con rehenes, y á pasar á la dependencia de la ciudad focense.

Nuevas quejas trajeron por segunda vez á las legiones contra los salios (125). Fulvio Flaco, el amigo de los Gracos, y después Sextio los batieron haciéndoles entrar en

(1) Un Metelo (113), Livio Druso (112) y Minucio (109) los expulsaron de la Tracia. (Clinton, *Fasti Hell.*) Sobre una invasión gala en Macedonia, en 117, véase: *Comptes rendus de l'Acad. des inscr.*, 1875, p. 78. Al norte de Aquilea había ricas minas de oro, que atraían á los italianos (Strab., IV, p. 208).

razón. El último prohibió á estos pueblos acercarse más de 1,500 pasos á los desembarcaderos, y más de 1,000 del resto de la costa, y todo aquel litoral se dió á los masaliotas, que debían hacer la policía por Roma. Los voconces, contra los cuales no tenía Marsella ninguna queja ni reclamación que hacer, compartieron la suerte de los ligures; pero esta vez conservó Roma lo que había conquistado, estableciéndose de asiento entre el Ródano y los Alpes, para lo cual construyó en un bello sitio, que regaban aguas termales, un *castellum* que tomó el nombre del procónsul, *Aque Sextia*, Aix (122). Con esto, en lugar de pueblos bárbaros, en el fondo poco peligrosos, se vió Marsella rodeada de tierras pertenecientes ya á su poderosa aliada. Bien debió prever que este círculo no tardaría mucho en estrecharse sobre ella misma.

No bien tuvo murallas la ciudad de las *Aguas Sextias* cuando ya la actividad romana removía á todos los pueblos establecidos en el valle del Ródano. Tres grandes tribus dominaban allí, poderosas de suyo y por su clientela: á la orilla derecha del río, los arvernios, cuyo territorio se extendía al Oeste mas allá de las montañas que llevan aun su nombre; á la orilla izquierda, hasta el Isere, los alóbroges, y entre el Saona y el Loira, los eduos. Este último pueblo, enemigo de los otros dos, consintió en entrar en la alianza de Roma, y creyendo el nuevo cónsul Domicio Ahenobarbo, que en caso de necesidad podrían los eduos hacer una importante diversión, envió á reclamar con altivez un jefe salio, refugiado entre los alóbroges.

Por toda contestación, se armaron éstos y descendieron hasta cerca de *Vindalium*, á la confluencia del Sorgo y del Ródano, donde los esperaban los romanos. Veinte mil bárbaros cayeron al filo de la espada de las legiones (121).

El año siguiente, conducidos los romanos por Fabio, hermano de Escipión Emiliano, pasaron á su vez el Isere; pero el rey de los arvernios, Bituit, los atajó de repente lanzando contra ellos doscientos mil galos, que habían pasado el Ródano en barcas y maderos. Cuando el rey bárbaro, montado en su carro de plata y rodeado de su jauría de combate, vió el escaso número de los legionarios: «¡Bah! exclamó: no hay para una comida de mis perros.» Sin embargo, la disciplina, la táctica, y sobre todo, los elefantes, vencieron aquella inmensa multitud, haciendo perecer en el campo de batalla ó en las aguas del Ródano por el hundimiento de los puentes de barcas, nada menos que á ciento veinte mil bárbaros, según algunos autores.

Algún tiempo después, atraído Bituit por Domicio á una conferencia, fué preso, cargado de cadenas y conducido á Roma. El senado no se atrevió á arriesgar á las legiones en las montañas de la Auvernia; pero Fabio recibió la orden de agregar á la provincia todo el país que envuelve el Ródano desde el lago Lemán hasta su embocadura. Los alóbroges fueron tratados duramente, los cavares, al contrario, obtuvieron grandes privilegios y los vocones el título de pueblo federado. En la Galia, como en Italia, repartía desigualmente Roma sus favores y sus odios, para evitar que una misma opresión reuniera á los vencidos en un odio común.

Los cónsules de los años siguientes pasaron el Ródano y dieron á la nueva provincia por frontera occidental la cadena de las Cevenas y las Corbieras; los volcos tectósagos, dueños de Tolosa, aceptaron también el título de aliados de Roma. La colonia de Narbo Marcio (Narbona), puesta, como indica su nombre y como pedía su situación excéntrica, bajo la protección especial del dios de la guerra, debió velar por los nuevos súbditos (118). Asentada junto á la embocadura del Aude al extremo de la inmensa depre-

sión por donde pasa hoy el canal del Mediodía, vendrá á ser andando el tiempo la rival de Marsella, cuando los romanos hayan hecho de Burdeos el otro gran centro comercial de Entre-Dos-Mares. Una vía militar comenzada por el vencedor de los alóbroges, la *vía Domicia*, y continuada desde los Alpes hasta los Pirineos aseguró las comunicaciones de Roma con sus posesiones españolas (1).

Desde la victoria de Zama, hemos visto que los cónsules vencedores tomaban pomposos sobrenombres; Fabio, por no ser menos, tomó el de *Alóbrogico*. En Grecia el derecho de gentes no permitía eternizar los odios, erigiendo en el territorio de los vencidos un monumento duradero de su derrota, y esta costumbre había pasado á los hábitos de los romanos. Pero los bárbaros no merecían al parecer tan generosos miramientos: en el campo de batalla de *Vindalium*, Fabio elevó un templo á Marte, otro á Hércules, y entre los dos colocó sobre una torre de piedra un trofeo de armas galas (2).

Los templos y los trofeos han desaparecido sin que reste el menor vestigio de ellos; pero subsiste un monumento más modesto de las victorias de Domicio: es una inscripción, la primera que los romanos hubieran escrito en galo, y que el hombre «con cara de hierro,» como L. Craso lo llamaba, hizo grabar en el flanco de una de las altas montañas de la Provenza. Una feliz casualidad ha hecho que se encuentre.

La provincia transalpina guardada por sus dos establecimientos militares de Aix y de Narbona (3), defendida por los tectósagos y los eduos, recientes aliados de Roma, era como un punto avanzado, donde el senado tenía á raya y vigilaba á los pueblos galos. Allí era donde Mario iba á salvar á Italia.

II. — LOS CIMBROS EN LA GALIA. — BATALLA DE AIX (102).

Aun estaba la Cisalpina bajo la impresión del espanto que había causado, en 118, la aparición de los escordiscos á la otra orilla del Adriático, cuando se supo sucesivamente que trescientos mil cimbro y teutones, retrocediendo ante un desbordamiento del Báltico, habían pasado el Danubio, devastaban la Nórica y estaban ya en el valle del Drave á dos jornadas de marcha de los Alpes Cárnicos. El cónsul Papirio Carbón corrió á estas montañas con numeroso ejército para defender el paso que las atraviesa.

Los bárbaros estaban entonces ocupados en el sitio de Noreya, floreciente por sus minas de hierro, Papirio creyó poder sorprenderlos con una perfidia; pero sufrió una sangrienta derrota (113). Fuera que el nombre de Roma impusiera á los bárbaros, fuera que los restos del ejército consular, salvados por una tempestad, guardaran los desfiladeros, ello es que los bárbaros se detuvieron al pie de los Alpes Cárnicos, y por espacio de tres años, la Nórica, la Panonia y la Iliria, desde el Danubio hasta las montañas de la Macedonia, fueron horriblemente devastadas.

Cuando no hubo ya nada que asolar, atravesaron los bárbaros la Recia y entraron en tierra de los helvecios, establecidos entonces entre el Mein y el lago Lemán (Suiza y Suabia). Una parte de este pueblo, los tugenes, los tigurinos, los ambrones, otros germanos ó celtas, cuyo origen se

(1) Estas guerras son contemporáneas de las expediciones de los dos Metelos contra los dálmatas en 117 (Tito Livio, *Ep.*, LXII) y contra los baleares en 123 (Ibid., LX). De aquí sacaron dos sobrenombres: el *Dalmático* y el *Baleárico*. Este último había exterminado en Mallorca toda la población viril y repobló la isla estableciendo en ella una colonia.

(2) Strab., IV, p. 185. — Flor., III, 2.

(3) Aix no vino á ser colonia hasta el tiempo de Augusto.

ignora, se aprestaron á seguirlos, y todos juntos enderezaron á la Galia á lo largo del Rin.

Hasta entonces los celtas habían dominado al Norte de los Alpes itálicos é ilirios, mientras otra rama de la gran familia ariana, los germanos, acumulaban tras sí, allá en las regiones septentrionales, innumerables tribus y éstas, á su vez, derramaban en el valle del Danubio su sobrante de hombres. No era una banda guerrera en busca de aventuras, sino un pueblo entero, con sus mujeres, con sus hijos, con sus ganados, con sus carros guarnecidos de tiendas de acero, donde llevaban todo su ajuar y provisiones, el cual pueblo venía al Mediodía buscando un cielo menos inclemente, ó mejor dicho el botín de naciones ricas y tierras fértiles donde el vencido sembrara y recogiera para ellos. Al ver sus grandes cuerpos blancos, sus rojizos cabellos, sus ojos azules, que se inflamaban tan pronto de ferocidad, los hombres pequeños y de tez morena de las provincias italianas comprenderían que encontraban una raza por siempre enemiga. La palabra *cimbro* ó *cimbrio* quería decir *bandido* (1), y por espacio de cinco siglos los germanos dieron á los romanos el derecho de llamarlos así.

Las costumbres de los cimbro los colocaban por debajo de la escala social: solían devorar la carne cruda; como el indio de las praderas, insultaban á sus enemigos antes de combatir con groseros movimientos y gestos de desprecio, y luego daban su grito de guerra. Cuando el enemigo era temible, avanzaban en cerrada falange, cuyas primeras filas se aseguraban con cuerdas que enlazaban á los combatientes por la cintura, y así, peleaban bravamente. Caer en la pelea era para ellos la muerte más honrosa; y cuando venían, celebraban su victoria con orgías sin fin y furores bestiales. Si habían prometido á sus dioses consagrarles el botín, entonces todo era destruído, hombres y cosas. Así, pues, por donde quiera que el capricho de sus jefes los llevaba, no sino parecía que había pasado un huracán asolador (2).

Tal fué la aparición de la raza germánica á las inmediaciones del mundo civilizado; pero nuestros galos habían sido también terribles en la Grecia: en todas las razas la barbarie es la misma. ¡Dichosas de aquellas que no han conservado nada de ella!

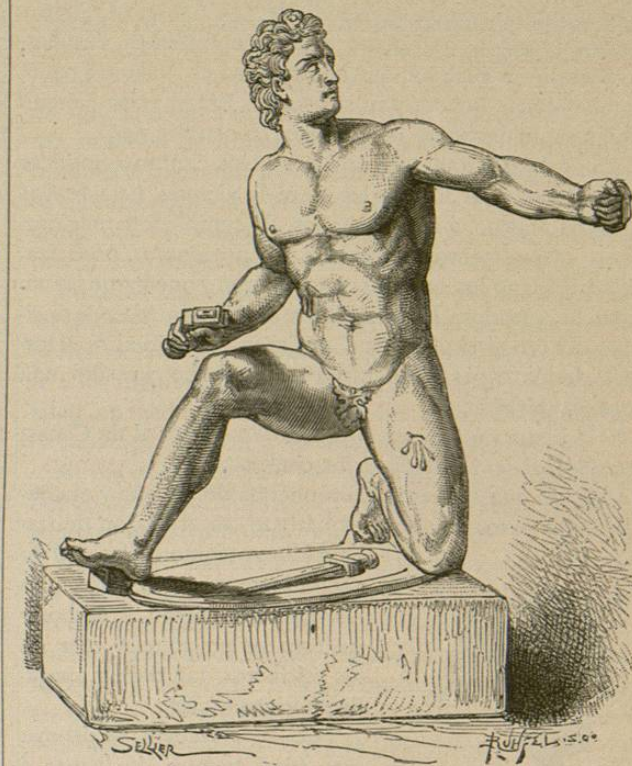
En los *kimris* de la Bélgica, los cimbro reconocieron hermanos; hicieron alianza con ellos y dejaron bajo su protección con guardia de seis mil hombres todo el botín que embarazaba su marcha. Después descendieron al Mediodía y la Galia sufrió durante un año los males de la más terrible invasión (110).

Llegados que fueron á las márgenes del Ródano encontraron otra vez á aquellos romanos, que habían encontrado ya en sus correrías hacia el Oriente, en Iliria, en Macedonia y en Tracia. La inmensidad de este imperio cuyas fronteras encontraban por todas partes los llenó de asombro, y retrocediendo por la primera vez ante una batalla, solicitaron del cónsul Silano, que les diera tierras donde establecerse, ofreciendo en cambio hacer por la república todas las guerras que quisiera. «Roma, contestó Silano, no tiene tierras que dar ni servicios que recibir.» Después pasó el Ródano y se hizo batir (109); los coligados no pudieron, sin embargo, forzar el paso del río.

En la primavera del año siguiente se dividieron: los tigurinos se encaminaron hacia Ginebra, donde el Ródano ofrecía vados; los cimbro y los teutones debían atacar por la parte baja del río.

(1) Plut. Mar., 11; lo mismo en Festo y en Suidas.

(2) No soy yo quien así habla, sino el mismo Mommsen. (*Hist. rom.*, t. V, p. 138, trad. de M. Alexandre.)



Combatiente herido (3)

é interrogado por ellos hubo de intimidarlos con sus animosas respuestas. «Yo os lo aconsejo, les dijo; pasad los Alpes, poned el pie en Italia y sabréis lo que es el poder de Roma.»

Estas audaces palabras irritaron á un caudillo joven y lanzándose sobre el general romano lo traspasó con su espada. Sin embargo, los cimbro vacilaban todavía y en su incuria dejaron pasar un año gozando sus victorias. ¿A qué precipitarse tampoco? ¿Sabían acaso adónde iban? La tierra era fecunda, el clima dulce, el botín inmenso; ¿no tenían allí todo lo que buscaban y apetecían? Hasta dejaron que el cónsul Cepión saqueara la capital de los volcos tectósagos, con los cuales trataban ellos. Estos volcos, según parece, habían traído en otro tiempo del pillaje de la Grecia inmensas riquezas, que hubieron de consagrar al dios Belen, arrojando las barras de oro y plata al lago inmediato á su templo; pero el dios no pudo defenderlos, con estarles tan obligado, de la avidez de los legionarios y de sus jefes. A buscar los tesoros sagrados descendieron al fondo del lago los buzos necesarios, y Cepión recogió del saqueo de

(3) Bella estatua del Museo del Louvre, núm. 50 del catálogo Clarac, y *Mus. de escult.*, p. 280, núm. 2151. El combatiente está herido del costado derecho y del muslo izquierdo.